

Los católicos frente a la crítica laicista

La crítica que viene de fuera, al igual que la autocrítica, puede ayudarnos a descubrir nuestros propios errores. Bueno es, reconocer los fallos y si hay que pedir perdón por ellos, se pide y ya está.. Así lo vienen haciendo en los últimos tiempos papas y obispos en nombre de la Iglesia Católica. Bien está. Lo malo es caer en la trampa de los censores sectarios, que tratan de hacer responsables a los católicos de todo lo malo que ha pasado y sigue pasando en el mundo, obligando incluso a la Iglesia a pedir perdón por culpas que nunca cometió. A este respecto recuerdo siempre las palabras del viejo profesor Moulin dirigidas a los católicos, que pueden leerse en el libro de Vittorio Messori, titulado, **Leyendas negras de la Iglesia**. Son éstas: “ Haced caso a este viejo incrédulo que sabe lo que dice: la obra maestra de la propaganda anticristiana es haber logrado crear en los cristianos, sobre todo en los católicos, una mala conciencia, infundiéndoles la inquietud, cuando no la vergüenza de su propia historia”.

Nadie que haya vivido los tiempos de la transición, me podrá negar, que esto ha sido exactamente lo que ha venido sucediendo en España durante las últimas décadas. La propaganda parcial y sectarista ha logrado acomplejar a grandes sectores de la población española por su pasado histórico o por su condición actual de creyentes.

Las manifestaciones injuriosas contra la religión se han ido sucediendo, al amparo de la mal entendida libertad de expresión y subvencionadas con dinero publico y aquí no ha pasado nada.

Ya no sólo esto, se detecta también el talante de una sociedad irrespetuosa y muy crítica con los sentimientos religiosos. Los creyentes hemos tenido que ir acostumbrándonos a la incomprensión, incluso a la sonrisa burlona de unos ciudadanos que no entienden que en un Estado laico pueda haber gente como nosotros. No, no es fácil ser creyente en los tiempos que corren. El laicismo está consiguiendo su propósito de acomplejar a los católicos, haciendo prevalecer los prejuicios subjetivos sobre las mil y una razones que nosotros tenemos de sentirnos orgullosos.

La acusación sistemática contra la Iglesia Católica ha resultado ser tan corrosiva como inexacta. A mi modo de ver, dos de estas acusaciones han impactado fuertemente en la conciencia tanto individual como colectiva. Señalo en primer lugar aquella recriminación de retrograda y trasnochada, presentando a la Iglesia como enemiga del progreso. Hasta los mismos católicos estamos dando muestras de ser muy sensibles a acusaciones como ésta. Incluso los hay que no les importa comprometer su catolicidad, con tal de que su progresismo quede fuera de toda duda .

A parte de otras consideraciones lo que cabe decir, es que el cristianismo no necesita defenderse de este tipo de insidias. Cualquier persona medianamente instruida debiera saber, que desde sus orígenes nuestra fe ha ido acompañada de la razón y de la ciencia, que desde muy antiguo nuestro lema ha sido: “ Entiende para que puedas creer y cree para que puedas entender”. Nuestro cristianismo como bien ha dicho Benedicto XVI ha sido y sigue siendo una religión ilustrada. Hoy como ayer estamos en disposición de afrontar un dialogo a todos los niveles con el pensamiento laico, como bien quedó probado en el encuentro del 19 de Enero del 2004 entre, por aquel entonces, cardenal Ratzinger y Habermas, máximo representante de la cultura laica en Occidente.

La segunda acusación que se viene lanzando contra la Iglesia Católica es la de ser intolerante, lo que ha hecho que no pocos católicos conscientes de la incondicionalidad de su fe se sientan incómodos en una sociedad donde todo es relativo y provisional. ¿Intolerantes los católicos? Yo pienso que aunque quisieran, los católicos no podrían ser intolerantes en los tiempos que corren. Intolerantes, hoy, lo pueden ser otros. Los católicos nos contentamos con que no se nos excluya y se nos respete el espacio social que por derecho nos corresponde. Nos conformamos con que se nos permita intervenir, como a cualquier otro ciudadano, en el dialogo sobre cultura, familia, educación , moralidad que son del dominio público y que a todos nos incumbe por igual. Nos contentamos con que se respete la libertad religiosa y se nos permita manifestar públicamente nuestros sentimientos. A nadie tratamos de imponer nuestra fe, pero exigimos que ésta sea respetada por todos, de la misma manera que nosotros respetamos las ideas y sentimientos de los demás. No pedimos privilegios pero tampoco aceptamos injustas discriminaciones. Si esto es intolerancia, he de decir, que yo como católico, soy un intolerante y he de seguir siéndolo, a mucha honra. Pretender expulsar a Dios de las escuelas y pensar en una sociedad no plural sino laica en la que los católicos no puedan manifestar libremente sus creencias públicamente es una pretensión injusta. Un Estado aconfesional o como quiera que se llame que no ha excluir a nadie, sí ha de proteger la libertad de todos.

Ángel GUTIÉRREZ SANZ (Catedrático de Filosofía)

Aquellos dogmas laicistas, no nos engañemos, son los mismos que ahora muchos tratan de imponer a toda la sociedad, algo que por supuesto no sucede con los dogmas católicos que la Iglesia no trata de imponer a nadie , tan sólo proponer para que puedan ser elegidos libremente por quien lo desee.

A pesar de todo los intolerantes seguimos siendo los católicos, resulta grotesco pero así es. A los católicos se nos podrá hoy acusar de muchas cosas pero de intolerantes , no sencillamente porque aunque quisiéramos no podríamos serlo. En los tiempos que corren quienes pueden ser intolerantes y de hecho ejercen como tales son otros. Los católicos nos contentamos con que nos dejen expresar libremente y manifestar nuestros sentimientos religiosos tanto en público como en privado dentro de la libertad religiosa que el Estado por muy laico que sea está obligado a garantizar. Benedicto XVI en su viaje a Francia dejó muy claro que es lo que cabe esperar de un estado positivamente laico con el que la Iglesia estaría dispuesto a entenderse y a colaborar sin intromisiones indebidas por ninguna de las dos partes, por lo demás más allá de las cuestiones de estado en la esfera social la que pide es que se la deje participar en todas aquellas cuestiones sociales que afectan a todos los ciudadanos prescindiendo de su confesionalidad o aconfesionalidad como puede ser el trabajo la moralidad , la familia la educación y ese largo etc que forma en tejido social. Que se nos permita públicamente lo que a cualquier ciudadano se le permite. Cualquier discriminación sería injusta.

Si por defender derechos fundamentales como estos tal y como ha venido haciendo la Iglesia hasta ahora, somos tildados de intolerantes por el laicismo progre a mi al menos, como católico no me importa seguir siéndolo para que las cosas sean lo que deben ser aunque a algunos no les guste